



# RICARDO KREBS

## UNA HISTORIA ABIERTA

Encontrarse frente a frente con el autor del libro de historia del colegio es, por decir lo menos, una liberación. Ricardo Krebs Wilckens, un nombre impreso en los cientos de páginas de aquellos dos tomos amarillo-naranja que hoy están sintetizados en uno. Pero resulta que tiene cara —con unos ojos azules que se achican de dulzura—, tiene voz —suave y cargada de acento alemán—, tiene ironía, tiene autocrítica y tiene risa. “Era muy joven cuando escribí ese libro, me lo pidieron y por eso lo hice. Pero sabía poca Historia Universal y menos aún pedagogía...”

Entonces, mágicamente, las causas de la Revolución Francesa o de la derrota de la Invencible Armada, enumeradas en uno, dos, tres y cuatro, pierden toda su rigidez. La Historia, al lado de este Doctor en Filosofía de la Universidad de Leipzig, Premio Nacional de Historia en 1982 y Decano de la Facultad de Historia de la Universidad Católica, adquiere un carácter tremendamente humano. No quiere dar respuestas en sus clases, prefiere señalar caminos de búsquedas. Se cuestiona todavía si es realmente importante lo que se enseña y lo modifica o lo abre en la medida en que su contacto con otros así se lo indique. Critica a Spengler, el famoso historiador de la *Decadencia de Occidente*, porque “en su filosofía no hay un lugar para el amor...” Y así, este autor que aterroriza a los alumnos de Media sin quererlo, se va transformando en un auténtico maestro, flexible y riguroso, contento y romántico.

A pesar de su cara y de su acento alemán, es chileno. “Por accidente y por opción”, aclara el Primero porque nació aquí, en Valparaíso, donde sus padres, ambos alemanes, estaban instalados en la actividad mercantil. Y por opción, porque a pesar de haber sido formado en un colegio donde todo se enseñaba en alemán y donde todos los alumnos y profesores eran alemanes, a pesar de haber hablado solamente ese idioma en su casa con sus padres, sus dos hermanos hombres y su única hermana mujer, y de haber tenido como lugar de recreación el Club Alemán de Valparaíso, Ricardo Krebs optó por ser chileno cuando llegó finalmente a los 19 años a la Alemania endiosada y comprendió que no podía identificarse con ella. Optó por ser chileno y hoy se ve contento con su decisión. Pero tiene que pasar mucho rato de conversación para que uno se lo crea, porque su aspecto, su precisión, su leve ingenuidad, su seriedad, su puntualidad..., todo parece querer gritar que es alemán y que quiere serlo. Poco a poco, lo va delatando el espíritu latino que no lleva en la sangre pero que está por dentro, por eso hay que descubrirlo.

Nació en 1918. Era un niño sano, deportista, que a pesar de haber vivido hasta los 14 años en una holgura económica considerable —todo el comercio porteño estaba en manos de la colonia inglesa y alemana, por esos años— creía por sobre todo en el esfuerzo. Eso fue lo que lo indujo a hacer el Servicio Militar y a ponerse a prueba al enfrentar un desafío fuerte, el de vivir por primera vez entre chilenos en condiciones especialmente duras.

Le gustó la experiencia. Se entendió bien con los chilenos, hizo sus primeros amigos ahí. Se había salido del colegio y sabía que quería entrar a la universidad, pero no se decidía entre las matemáticas o la historia. Era el año 1937, cuando el Nacional Socialismo hacía furor en Alemania, y el sueño de este joven entusiasta del nazismo era realizar sus estudios en su madre patria. Sus padres lo apoyaron en esta iniciativa y, de hecho, los casi seis años de estudio fueron financiados con unos terrenos que vendió allí su padre. Ellos eran contrarios al nazismo —“eran bastante cultos, recuerdo a mi padre recitando poesías y a mi madre irradiando mucha alegría”—, pero este hijo atribuía ese antinazismo a que eran muy anticuados.

Ese mismo año 1937, finalizado su Servicio Militar y contento con su propio desempeño, en un barco, vía Buenos Aires, llegó a Hamburgo. “Sí, sentí miedo al llegar, creo que nunca en mi vida me he sentido tan solo. Recuerdo perfectamente cuando llegué a Berlín y me encontré con una ciudad grandiosa, llena de vida cultural, elegante, rica, fruto del éxito del naci-

mo... Hasta la fecha, siento dolor cuando me acuerdo de la soledad sentida entre esos cuatro millones de vecinos de Berlín.”

### Vivir la guerra

Una veta apasionante se abre en el diálogo con este académico, cuando se habla de estos años de formación universitaria vividos en Alemania, que casualmente coincidieron con los primeros años de la Segunda Guerra Mundial.

Primero entró a la Universidad de Bonn, donde estudió Filosofía y Filología. Y luego siguió a los grandes maestros de Historia por las universidades de Goettingen y Leipzig, donde finalmente obtuvo su doctorado en Filosofía con mención en Historia, en 1941. Nunca en todos esos años de guerra dejó de funcionar la universidad en Alemania. Lo que sí pasó fue que los estudiantes, los varones, uno a uno se fueron muriendo. “De todos mis compañeros, de los más amigos, quedaron vivos solamente dos.”

■

┌

**Durante la guerra  
el amor no era  
sólo un encuentro,  
sino que una protesta  
contra la muerte.  
Uno se agarraba del otro  
en la afirmación  
de la vida.**

└

La primera experiencia que lo marcó fue la desilusión que le significó la realidad del nazismo. “Ya en el año 38, el Nacional Socialismo, como movimiento con ideología y pensamiento, estaba muerto. Se mantenía por sus grandes éxitos: había eliminado la cesantía, había logrado un bienestar que Alemania desconocía desde hacía muchos años; había conseguido triunfos en la política internacional que embelesaban a los alemanes y a la juventud le ofrecían cosas interesantes como vida sana, campamentos, algo así como ser *boy scouts*. Pero toda esa ilusión de cambiar la sociedad a un nuevo sistema más justo, quedó ahí. En la universidad, los intelectuales se oponían al nazismo. Y yo muy luego descubrí su pobreza ideológica e intelectual, supe lo que significaba para la vida de la sociedad un régimen que consistía en aplicar fórmulas militarizadas a la vida civil, lo que era una violentación de la vida civil.”

Fue una experiencia amarga enterrar sus ideales de juventud. Pero su salvación es-

tuvo en profundizar su formación católica. Los valores espirituales, lo trascendente era lo único a lo que se podía aferrar. En lo muy práctico, la guerra le significó racionalmente —“pero tan racional que uno tenía suficiente para comer”— y oscuridad total en las noches. “Una ciudad grande a oscuras es una cosa espantosa.” Pero el auténtico horror comenzó el año 40 con la guerra con Rusia. “Recuerdo las caras de la gente caminando por las calles ese día.” Sus compañeros fueron llamados a los frentes de batalla. La vida se volvió tremendamente insegura, la posibilidad real de la muerte los acompañaba en cada momento. Para los que podían seguir estudiando aumentaron las amigas. “Recuerdo perfectamente cuando un día llegó al Instituto de Historia una amiga y contó que se había muerto su novio, un muchacho muy talentoso y muy querido. Esa niña estaba deshecha.”

Siguieron los bombardeos aéreos y en la población civil pasó a ser una realidad que la vida en cualquier momento se podía acabar.

—¿Qué significó en usted la posibilidad inminente de la muerte?

—Dos cosas: por un lado, la intensificación de la vida espiritual, porque desgraciadamente el ser humano comprende lo que es importante cuando la vida se le pone más dura. Y por otra parte, una enorme profundización en las relaciones humanas. El ser humano adquiría mayor significado, mayor valor; la necesidad que uno sentía del otro era muy fuerte.

—¿Ese clima favorecía el amor interpersonal?

—Yo tuve la suerte de tener un gran amor, un gran encuentro. Eso, que es siempre una experiencia muy hermosa y enriquecedora (creo que la experiencia del amor es una de las grandes experiencias que uno puede tener en esta vida)... allá, en esas circunstancias, tenía todavía un mayor valor. Uno se agarraba del otro en la afirmación de la vida. El amor no era solamente un encuentro sino que una protesta contra la muerte; era la aceptación plena de querer vivir.

—¿Cómo repercutía la guerra en la enseñanza?

—Los profesores cambiaban los temas. A la Historia se le agregaban otros énfasis. Por ejemplo, recuerdo un seminario dedicado al concepto de nación. Con métodos científicos se estudiaba lo que era una nación y cambiaban los contenidos. En Filosofía se estudiaba a Heidegger y el problema de la existencia, de la angustia, de la confrontación con la nada adquiría otra dimensión.

Con especial emoción cuenta cuando a sus compañeros oficiales se les permitió volver a la Universidad desde la trinchera,

por el semestre de invierno para después volver. Estaban ahí, con sus uniformes sucios estudiando historia antes de que comenzaran las clases... "Seguramente horas antes habían matado a alguien en el frente ruso. Les dije que por qué no se dedicaban a hacer otras cosas como emborracharse o buscar el amor sexual, algo que les permitiera sentir el cuerpo. Pero la respuesta fue otra: no queremos perder estúpidamente el poco tiempo que nos queda, queremos aprovecharlo en una forma más intensa. Después de haber disparado en las trincheras, qué cosa más satisfactoria que tomar un libro o escuchar una música".

Aun peor que la muerte parecía ser la desesperanza. Sus compañeros sabían que Alemania no podía ganar, que estaban viviendo la locura de la muerte sin otra opción: si desertaban, los mataban igual. A Ricardo Krebs lo salvó su Servicio Militar chileno, porque lo respetaron en calidad de Cabo Segundo y aspirante a Oficial.

A pesar de la angustia vivida en estos años, siente que su formación académica se la debe a esa nación, porque entre los profesores nunca existió la más mínima obligatoriedad en lo que debían enseñar o no. El seguía a sus maestros porque le gustaba la concepción de la Historia que cada uno tenía. En lo único que intervino el nazismo en las universidades fue en la eliminación de los profesores judíos.

### **Lo económico en función de lo académico**

El año 1941 obtuvo su título y en 1942 llegó a Chile. Ese día lo recuerda como el más feliz de su vida. Su alma chilena nunca logró identificarse con Alemania.

Aquí se instaló a vivir en Santiago y se relacionó con los que conformaban el grupo de intelectuales católicos chilenos. Cuando se formó la facultad de Historia de la Universidad Católica, en 1943, se le pidió que enseñara Historia Universal. Tenía 23 años y sintió que aquello era como un regalo del cielo, pero al mismo tiempo, un desafío que le significó horas y horas de estudio. "¡Uno sale de la Universidad y sabe tan poco!" Además, no dominaba bien el castellano, lo que le obligó a estudiar seis horas por una de clases. Vivía en un departamento con dos amigos y una mamá que los regalaba. La conversación, la lectura, la música, la amistad protagonizaron aquella etapa de su vida. También la inseguridad en sus clases que lo hacía adoptar una relación distante con sus alumnos. Poco a poco eso fue cambiando, en la medida en que este profesor comenzó a soltarse en su conocimiento de la Historia y de la gente entre la que se movía. Hoy es especialmente conocido por los vínculos afectivos importantes que

crea con sus alumnos. Ahora, su oficina de decano pasa hasta por ser un consultorio sentimental.

Una de las personas que más lo marcaron en su formación académica fue el ex Rector de la Universidad de Chile, Juan Gómez Millas. "Siempre estuve interesado en personas nuevas que pudieran aportar algo. Me recibió con una generosidad sin límites y con una espontaneidad que no era usual entonces: me trató de tú. Le interesaba la experiencia universitaria alemana. Él estaba interesado en enriquecer la vida universitaria chilena y para ello quería fomentar la investigación. Me llevó a la Chile en calidad de Profesor Extraordinario, para lo que tuve que estudiar mucho, y fui su ayudante." Desde entonces mantiene un vínculo permanente con la Universidad de Chile, en la que ha hecho investigación y clases. Hoy realiza un curso de doctorado.

—¿Qué pasó esencialmente en la Universidad de Chile para que esté viviendo

**No hay un saber definitivo. Siempre está en cuestión. Por eso debe haber investigación junto a la docencia, para poder cambiar el saber.**

**esta pesadilla ahora?**

—Creció demasiado. Con las sedes regionales alcanzó a tener sesenta mil alumnos y se convirtió en algo inmanejable. Algunos, sobre todo por parte del gobierno, consideraban que había que reducirla. Pero, por otra parte, mantenía su centro de excelencia, con profesores estupendos y facultades que funcionaban bien. Se separaron las universidades regionales, pero se conservó la infraestructura correspondiente a su situación anterior. No se tomaron a tiempo medidas rigurosas para ajustar eso. Más que académico, el problema es un asunto administrativo.

—**Por el camino actual, ¿cree usted que se pueden mejorar las cosas?**

—Hay una *impasse*. El Gobierno quiere imponer un cierto modelo y, por otra parte, el cuerpo académico solidarizó y produjo un frente que no obedece a asuntos políticos, sino que no aceptan que por medidas autoritarias se modifique la Universidad.

—**En el plano teórico, ¿le parece posible**

**aplicar criterios de racionalidad económica a una universidad?**

—Considero que en una universidad debe haber criterios de racionalidad y economía. Pero lo económico debe estar en función de los fines académicos.

—**¿Considera que en el caso de la Universidad de Chile se la está racionalizando o destruyendo?**

—No tengo conocimientos para decirlo. Sólo sé que es un desorden. Ahora, ciertamente que cualquier racionalización debe basarse en sistemas académicos. Por ambas partes hay bastante irracionalidad y ésa es la raíz del conflicto.

### **Más que respuestas, preguntas**

Tenía 33 años, cuando se casó en el año 1952. Hasta ese momento se sentía muy inmaduro y posiblemente tenía toda su energía puesta en crecer como académico, con toda la seriedad que lo caracteriza, lo que debe haberlo alejado de otros compromisos. De hecho, primero fueron grandes amigos, compartieron muchas cosas hasta que después se enamoraron. Tienen cuatro hijos y doce nietos. Su mujer, con la que él se siente muy feliz, parece ser la que lo administra todo. Incluso a él. Pero, como buen intelectual, se entrega sabiamente a este dulce manejo, lleno de buen criterio, y así su energía puede volcarla en las ideas.

Podríamos decir que su gran amor es la Universidad Católica. Allí no solamente adquirió verdadero aplomo su formación, sino que además él contribuyó a la formación de esta institución para que llegara a ser realmente universitaria. "La gran revolución de la reforma universitaria fue el encuentro de la docencia y la investigación. Por suerte que esta Universidad Católica estaba suficientemente consolidada para que ese cambio se hiciera en forma orgánica. Fernando Castillo como rector puede haber tenido otros fines, pero todo se supeditó al plano académico. Jorge Swett continuó la reforma. Hubo cambios, pero sin quiebre. Aquí temprano se efectuó una racionalización. Tenemos calificación de profesores cada dos años. Aquí se ha velado mucho por la calidad de los profesores."

En 1970 se fue con toda su familia —"mi mujer no quería que nuestros hijos se educaran bajo un régimen marxista"— a Alemania y asumió como profesor titular de Historia Moderna en la Universidad de Colonia. Para los niños fue una aventura interesante los cuatro años que residieron allí. Pero para él fue una extraordinaria oportunidad de ponerse al día y de enriquecer sus conocimientos del Siglo XVIII, materia que lo apasiona. Varios de sus libros y publicaciones abordan la Historia de ese Siglo que para él representa un resumen de

toda la Historia Universal. Pero es la historia de las ideas, particularmente las que centran el problema de las relaciones entre Iglesia y Estado, entre religión y cultura, lo que sintetiza su investigación fundamental.

—¿Qué es lo que debe ser una Universidad para usted?

—Una comunidad de profesores y alumnos al servicio del saber. El profesor debe ser la autoridad, pero no de un saber definitivo ni acabado, sino en permanente cuestionamiento. Por eso la docencia tiene que tener investigación, para poder cambiar el saber. En la medida en que un profesor se especializa, se va encerrando. Y lo bueno es que el alumno, por saber menos no tiene por qué aceptar un conocimiento determinado. El pregunta y obliga al profesor a buscar respuestas. El alumno se forma participando en esa búsqueda. La enseñanza universitaria no tiene que dar respuestas, más bien metodología para enseñar a adquirir conocimientos. Los contenidos cambian en la medida en que avanza la ciencia, por eso no puede haber respuestas, sino búsqueda.

—En el campo científico es aun más fácil esa especialización de la que usted habla. ¿Le parece importante para la ciencia su integración con las letras?

—La Universidad ha sido llamada "de las ciencias y de las letras". Existe un cosmos del saber donde están las ciencias y las ideas. Existe un solo universo y una sola verdad, pero distintos caminos para aproximarse a ella. Cada ciencia es un camino. La ciencia y las letras deberían estar interrelacionadas en este avance. El científico debe tener conciencia de que cuando hace puramente química, ello no tiene nada de humano hasta que no se inserta en el cosmos, en el que la química contribuye al mundo humano. Ninguna ciencia es una disciplina aislada. Y la Universidad debe estar animada por este espíritu.

Atrás quedó aquel profesor "con cara de gringo", como dice él asustado y ortodoxo. Ahora le sale toda la soltura —la que se atreve a dudar, a ignorar, a contradecir— de la verdadera sabiduría. Un ensayo escrito por Krebs en el que analiza la obra de Spengler es muy ilustrativo para conocer su propio pensamiento sobre la historia. O mejor dicho, sobre la vida misma. Escribe, a la hora de las conclusiones, así: "No podemos acompañar a Spengler en su apología de la sangre y de la raza, en su elogio de la guerra y de la moral heroica, en su condenación del hombre común, en su idealización del hombre elitario, en su defensa del cesarismo militarista. Un análisis detenido de sus obras permite descubrir hondas contradicciones... Su hipótesis básica de que cada cultura constituye una totalidad cerrada y de que no hay ninguna

intercomunicación entre ellas es una afirmación apriorística que puede ser refutada por medio de la demostración empírica. Mientras que estas ideas no parecen convincentes desde el punto de vista científico, hay elementos esenciales de su pensamiento que no nos satisfacen desde un punto de vista intelectual y moral. Echamos de menos un verdadero aprecio por el valor del ser humano como persona. En la filosofía de Spengler no hay un lugar para el amor. El, en el fondo, no creyó en el poder del espíritu, que es el más poderoso de todos los poderes."

Tiene todo ese romanticismo del pueblo alemán, todo esa poesía que lo caracterizó hasta la Primera Guerra Mundial. Cuando habla del horror del nazismo y parece como si se le humedecieran los ojos a través de los anteojos, lo explica, como una reacción alemana frente a la pérdida de soberanía, de dignidad, de poder durante la Primera Guerra. "Hasta entonces, era un pueblo de poetas, no hay que olvidar a Schiller; un pueblo de músicos, no hay que olvidar a Mozart; un pueblo de filósofos, no hay que olvidar a Heidegger..." Pero después fueron pisoteados y eso no lo pudieron resistir y se "pasaron para el otro lado".

—¿No cree usted que hay, a pesar de todo, un pequeño Hitler en el fondo de cada alemán, a la hora de sentir una cierta superioridad de su raza?

—No, claro que no lo hay. Todos los pueblos tienen algo de soberbio. También los chilenos, que son tan apocados y aparentemente humildes, creen que el vino, el clima, las mujeres chilenas son lo mejor del mundo. Y somos considerados por otros países latinoamericanos como un pueblo prepotente y soberbio, incluso imperialista. Creo que el alemán es más un pueblo de poetas que ha tenido que aprender mucho.

Asegura que el primer día que conoció Alemania supo que de verdad era chileno. "Nunca pude identificarme realmente con ellos. En cambio, los chilenos me parecen gente muy atractiva, muy interesante. No tengo esa mente cuadrada al estilo alemán, soy puntual, pero soy muy chileno."

### La marca de la fe

Una de sus principales distracciones es el bridge. Cuenta con algo de pudor que todas las semanas juega un campeonato y que lo entretiene a morir. También lee novelas. Asegura que selectivamente, por falta de tiempo. Pero no lo es tanto, porque por ejemplo, se ha leído las dos primeras novelas de Isabel Allende, todo lo que ha publicado García Márquez, y ahora está en *El perfume*, de Süskind.

Tiene bastante sentido del humor. Cuando es interrogado sobre los deportes

(continúa en la página 127)

que hace cuenta que sólo juega golf...

—¿Y eso no es muy frívolo para usted?

—¿Y quién le dijo que yo no era frívolo?

Se atreve a decirlo por lo obvio que resulta que no lo es. Otra de sus actividades, fuera de lo netamente académico, es pertenecer hace más de quince años a un grupo de señores, todos activos profesionales y amantes de la cultura, que autodenominan sus encuentros como el "Symposium". Entre ellos está Pierre Lehman, Eduardo Morel, Hans Storandt, Manuel Guzmán y Manuel Montt. El grupo se reúne, contra viento y marea, cada quince días y en cada sesión abordan un tema que les permita reflexionar sobre el hombre. Para Ricardo Krebs, el mayor interés por el grupo, al que le tiene un hondo afecto, consiste en saber qué parte de la ciencia le resulta vital a las personas entregadas a la vida activa y no contemplativa, como él. En el fondo, es un instancia en la cual él extrae lo verdaderamente esencial de su ciencia histórica. Y se pregunta cada vez lo que es realmente importante para el hombre de hoy de todo lo que él enseña.

—¿Y qué es importante de la Historia para el ser humano?

—La planta crece y vegeta, no sabe hacer otra cosa. El animal, crece y determina su vida por instinto y se realiza plenamente así. El ser humano, que es racional, puede vegetar, pero no está viviendo. Puede dejarse arrastrar por sus pasiones, pero no se realiza. Si se deja arrastrar por sus instintos, a diferencia del animal que justamente a través de la vida instintiva se realiza plenamente, el ser humano se deshumaniza. Al hombre no le queda otra solución que vivir por medio de la razón. Del logos, y de ahí el diálogo con Dios y otros hombres. El hombre debe crear un mundo humano con el cual se sienta unido. Y debe interpretarlo mediante el lenguaje. La historia tiene la gran función de hacerle comprensible al hombre su tradición.

No tiene un ápice de pedantería. Aunque sus respuestas a veces son largas y académicas, el tono y la mirada encierran una cierta humildad que habla de hipótesis más que de conclusión.

Es profundamente religioso. O más bien, es un cultivador del espíritu a la luz de Dios. Sin duda que su experiencia de la guerra vivida en Alemania marcó ese aspecto ostensiblemente. Y hoy todo lo que no responda a valores sustentados por lo trascendente parece no incluirlo interiormente. Sin embargo, no se aleja de lo pedestre que a otros les parezca relevante.

Está abierto a comprender a los que no son como él. "Los únicos valores que realmente quedan son los espirituales, lo material se vuelve tan relativo... La enseñanza de la Historia, más que datos del pasado, es la enseñanza de transmitir ciertos valores. No trato de convertir mis clases a favor de ninguna ideología, cada alumno tiene su pensamiento. Pero no puedo dejar mis ideas, tengo que ser transparente con lo que me dicta la conciencia. Me siento en la obligación de comunicar mis experiencias más hondas de fe, sin por ello violentar la conciencia de mis alumnos."

Y de hecho, alumnos de ya muchas generaciones que han pasado por la Universidad Católica, religiosos y no, sienten un enorme afecto por este profesor que les ha permitido discutir y cuestionar ideas, en libertad.

No representa sus 68 años. Ni siquiera físicamente, porque es ágil, delgado y con aspecto más de deportista que de académico. Ni mucho menos síquicamente. Lo curioso es que cuando uno lee sus libros, ensayos o conferencias le parece que no puede ser sino un viejo sabio. Pero cuando uno conversa con él y ve el entusiasmo que le pone hasta a la más mínima gestión administrativa, comprende que es muy joven. Porque está todavía nueva su capacidad de aprender. ☉